

pañeros sacerdotes para seguir escoltados por tierra hasta Venezuela; sufriendo toda clase de ultrajes de parte de sus conductores. Es de advertir que la resignación y paciencia con que toleró el señor Caycedo los maltratos personales durante todo el camino hasta la Guaira, le faltó en una ocasión en que el jefe de la escolta se permitió decir una blasfemia en su presencia, lo que le obligó a lanzarle el breviario a la cabeza, con cuyo golpe le tiró a tierra. El Oficial no tomó venganza de esta ofensa, bien fuera por respeto a la persona del sacerdote o por considerarla justa.

Por las cartas de algunos de sus compañeros que quedaron en tierra se viene en conocimiento de la incomodidad y privaciones que sufrieron permaneciendo en la Guaira hasta el día en que se embarcaron los que debían ser conducidos a España.

(Continuará)

ELOGIO DE BOLIVAR

POR EL DOCTOR DON DIEGO TORTOSA, CANÓNIGO DE MADRID Y ACADÉMICO PROFESOR DE LA REAL DE LEGISLACIÓN Y JURISPRUDENCIA

No fue Bolívar de los hombres cuya memoria se extingue con el sonido (1), en frase lapidaria de la Escritura.

Plasmado por Dios en la arcilla de los hombres extraordinarios; de inteligencia soberana; de impetuoso y ardiente corazón; de fantasía, en cuya paleta estaban disueltos todos los colores del iris y todas las flores de una primavera; de voluntad desposada con la decisión y la perseverancia, la vida apacible de su fastuoso hogar y de las populosas ciudades europeas, no pudo satisfa-

(1) Ps IX, 7.

cer su nativa ambición de poder y de grandeza. Y nacido, como el águila para la inmensidad, para el combate y la victoria, un ideal: el de la independencia del pueblo americano, hondamente sentido desde los albores juveniles, llenó su vida toda.

En vano contradicciones y reveses intentaron al principio doblegar su voluntad de acero; pronto la victoria, vencida por el caudillo genial, fue alfombrando de laureles su camino; pronto los pueblos, entre los restantes libertadores: Miranda, Sucre, San Martín, O'Higgins, le proclamaron por antonomasia *Libertador*; pronto su amor encendió todos los pechos y su nombre se pronunció como pregón de triunfo por todas las lenguas, y su figura llegó a ser la más augusta, la más gloriosa de cuantas ha escrito en sus páginas la historia del pueblo americano.

Su engrandecimiento inicia la desmembración de nuestro imperio colonial. Emancípanse entonces, desgarrando el corazón de la Patria, aquellos pueblos del nuevo continente, que fulgían como perlas preciosas en la diadema de España, cuando era España la señora de las naciones y veía dos mundos uncidos a la carroza triunfal de sus victorias. ¿Por qué, no obstante esas heridas abiertas en el corazón de la Patria, se asocia hoy España al homenaje universal en honor de Bolívar? Porque aquellas heridas, con el rodar del tiempo, cicatrizaron; porque las paletadas de tierra que cayeron sobre el cadáver de Bolívar, si no pudieron ser paletadas de olvido para su nombre glorioso, lo fueron para las móviles de su actuación. Y hoy España, convencida por universal experiencia de que la emancipación de las colonias adultas era un hecho irremediable, al considerar que los acontecimientos históricos, para el amor o el odio, hay que encuadrarlos en las circunstancias de lugar y de tiempo en que se realizaron; olvidando

todos los odios y exaltando todos los amores, para fundir junto a su pecho con abrazo estrechísimo de madre al mundo americano, España llama hoy *suyo* también a Bolívar: suyo, porque sangre española corría por sus venas, y como nuestros conquistadores, los Hernán Cortés, los Pizarros, los Valdivias, fue personificación épica de nuestra raza; suyo, porque los sentimientos religiosos, alma siempre del alma española, latentes en ocasiones, jamás murieron en el pecho de Bolívar, quien rindió el último aliento abrazado a la Cruz.

Dios se oculta en el detalle de los sucesos humanos y brilla como el sol sin eclipse en su conjunto. Los grandes acontecimientos de la Humanidad penden como de un hilo invisible de la mano del Todopoderoso, que con ellos teje la urdimbre de la Historia. Y si un día la inteligencia humana llegó a quemar incienso ante el Destino, y a suponer que la Fatalidad forjaba la Historia en el yunque del acaso, hoy el hombre, iluminado por los resplandores del Gólgota, conoce y siente palpar, al través de las generaciones que duermen en el polvo de los siglos, la influencia providente de Dios.

En la consecución de sus designios inescrutables la Providencia divina se vale del sér humano; y cuando Dios elige a un hombre para realizar una gran obra, ciñe a su frente la corona luminosa del genio, dón sublime que no se adquiere por el trabajo ni se alcanza con la virtud, misterio humano que encierra un arcano divino, fuente que corre en el tiempo, pero tiene su origen en la eternidad.

El atributo primordial del genio es un amor hondísimo a un ideal, que llena el alma toda; y es el genio a su amor lo que el satélite al planeta, lo que el planeta al sol. El amor le atrae hacia algo, para la muchedumbre invisible y desconocido; y cuando el genio sigue esta inspiración que le arrastra, que le avasalla, porque

es la voz de Dios que le impulsa y, como a Lázaro, le dice: *levántate y anda*, el genio tiende entonces sus alas por los esplendorosos horizontes de lo desconocido, y presenta a los ojos asombrados del mundo sus obras inmortales. Entonces es cuando las carabelas de Cristóbal Colón surcan las ondas y traen amarrado a sus blancas estelas un nuevo Continente, perdido en medio de las inmensidades del mar; entonces es cuando Bolívar, llegada la mayor edad de las colonias americanas, las emancipa; y, al emanciparlas, para darles unidad indestructible y fecunda, las moldea en nuestro racial espíritu, conservando y fomentando en ellas cuanto hay de grande, de noble, de excelso, de glorioso en el alma española.

Para realizar misión tan alta, dotes excepcionales reuníanse en Bolívar. Peninsular de origen, entroncado por su ascendencia paterna con nuestro vasco hogar, poseía todos los defectos, pero todas las grandes cualidades del caballero español; nacido en Caracas, llegó a asimilarse con adaptación asombrosa cuanto hay de originario en el pueblo americano. Así es que en la recia personalidad de Bolívar convivirán más tarde, en su variadísima actuación pública, el noble, el patriota, el revolucionario, el guerrillero, el general, el tribuno, el legislador, el presidente; todo de altísima manera. Y es que Bolívar no fue, nó, unidad cortada a pico, monótona y adusta; fue riquísima complejidad armoniosa; fue el barro de América, fundido y animado por el fuego de España.

La educación cristiana de su madre deja en su alma imborrable huella (1). Heredero de cuantioso patrimonio, la riqueza, el deleite y el amor, son los compañeros inseparables de sus primeros pasos por la vida; un idilio,

(1) Véase en *Cartas de Bolívar*, págs. 361-362.

comenzado en Madrid, y prematuramente roto al otro lado del mar, con la muerte de la esposa idolatrada, trunca su dicha y es el gozne de su nueva existencia: que ya desde entonces se vislumbra cómo en él al soñador y al poeta ha substituído el hombre de acción, decidido hasta perder mil vidas a emancipar al pueblo americano, ideal que irá acendrándose más y más en su espíritu durante su estancia en las grandes urbes europeas; en Madrid, testigo de sus hondas ternuras; en París, escenario de sus alegres devaneos; en Roma, la ciudad exaltadora de su fantasía, con sus legendarios recuerdos y sus inmensas ruinas.

Y por coincidencia singular, a las ambiciones de Bolívar corresponden en la primera década del siglo XIX extraordinarias circunstancias en el mundo de Colón. La independencia de los Estados Unidos; las ideas de libertad, desleídas por la Revolución francesa en todos los horizontes del mundo; la debilidad de la Corte española de Carlos IV; la lucha hasta la muerte trabada contra el vencedor de Austerlitz por el pueblo del *¡No importa!*, junto con la superior cultura de los criollos, habían producido tumultuosa fermentación espiritual en el mundo americano. Había en todos los pechos ansias de independencia; en todas las frentes, auras de libertad. Para romper los lazos que unían la metrópoli con las colonias precisábase sólo una inteligencia, un corazón y una espada; y espada, corazón e inteligencia encontró América en la gigante figura de Bolívar.

Desde que en el escenario de la contienda aparece, ¿quién narra sus hechos? Yo no afirmaré, con uno de sus panegiristas exaltados, que por su visión amplísima y honda fuera la figura más descollada de la raza; ni repetiré, con un entusiasta hasta el delirio—y bendito sea, Señor, el entusiasmo cuando encumbra hasta el delirio las figuras más esclarecidas de la Patria—, que en

él se sumaran las más altas prendas de los grandes caudillos de la Historia: la prudencia de César, la intrepidez de Alejandro, las ansias de gloria, nunca satisfechas, de Napoleón; pero si me atreveré a decir que, para presentar, aunque sólo sea en cinta cinematográfica, sus gestas legendarias, más que la palabra del orador sería precisa la lira del poeta, y emplear como género literario la oda heroica, y valerse como de metro, de la octava real.

Genial en la victoria, porque, simultáneo en el concebir y en el obrar, agigantaba y engrandecía la victoria; genial en el desastre, porque la derrota le espoleaba y enardecía para vencer a la adversidad; «más temible vencido que vencedor», en frase del más grande de sus adversarios, no se le rindió al principio la fortuna. Llegará de triunfo en triunfo, tras campaña prodigiosa, con unos cientos de hombres, desde las vertientes andinas de Nueva Granada hasta entrar en Caracas con apoteosis de triunfador romano, donde será proclamado *Liberador de Venezuela!* (1) y dictador más tarde (2); pero a los pocos meses vedle errante y solitario por las riberas del mar de las Antillas (3). Llevará a Bogotá el laurel del triunfo, que es el laurel de la libertad (4); pero después contempladle irrisión de la plebe en Haití, y humillado y vencido en la Puerta (5) y en Rincón de los Toros (6), donde apenas si encuentra el lomo de un caballo para alejarse fugitivo del campo de batalla. Más audaz que Napoleón y Aníbal, atravesando los Alpes, escalará durante el invierno, con apenas 2,500 soldados. «cubiertos de solas sus armas», por la parte oriental,

(1) 2 de octubre de 1813.

(2) 2 de enero de 1814.

(3) 7 de septiembre de 1814.

(4) 12 de diciembre de 1814.

(5) 16 de marzo de 1818.

(6) 16 de abril de 1818.



las cimas perpetuamente nevadas de los Andes, y descendiendo por la parte occidental *con un número menor de espectros* (1), con aquel reducidísimo número de espectros se coronará de laureles en Boyacá; y desde entonces la victoria rendida se echará amorosa entre sus brazos. El armisticio de Trujillo y su entrevista con el aguerrido general español, su adversario ilustre, enaltecerán su prestigioso nombre; excelso triunfador en Carabobo y en Junín, alcanzará victoria decisiva, por Sucre, en Ayacucho; San Martín, el caudillo vencedor en cien combates, le dejará paso y se declarará vencido ante su gloria; cinco repúblicas le llamarán el forjador de su independencia; con el Congreso de Panamá soñará la iniciación de la Sociedad de Naciones (2); y, no satisfecho todavía, cifrará su anhelo en que la bandera de la independencia flote sobre todo el Continente americano, desde el mar Caribe hasta los arrecifes del Estrecho, que con el paso de nuestros navíos inmortalizara Magallanes.

Y sumad a sus laureles de caudillo los de gobernante, los de estadista, los de legislador, los de tribuno; sumad su ambición misma, que, lejos de disminuir, aumentará su grandeza, pese a sus detractores. Que no fue ambición de oro; heredero de pingüe fortuna, de prestado será el sudario en que se envuelve su cadáver; no fue ambición que gravitó hacia abajo, hacia el interés,

(1) Hermosa frase del ilustre escritor José Enrique Rodó, en su libro *Hombres de América*.

(2) En 1815 expone las bases de una Sociedad de Naciones. «Sería hermoso—dice—que el istmo de Panamá llegara a ser para nosotros lo que el istmo de Corinto para los griegos. ¡Quiera Dios que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto Congreso de representantes de las repúblicas, reinos e imperios, para discutir los altos intereses de la paz y de la guerra con las naciones de las otras tres partes del mundo!»

El Congreso Internacional Americano de Panamá, convocado en junio de 1826, por el escaso número de Estados que enviaron su representación, fue un lastimoso fracaso.

sino hacia arriba, hacia la gloria; la ambición que engrandece a los hombres y a los pueblos; la que escribe en sus páginas la Historia con letras de oro; la que se traduce en mármoles y bronces; la que cristaliza en monumentos y en estatuas, que en medio de plazas y de calles son para las muchedumbres rebañegas que hormiguean a sus pies, perpetuo codazo de atención, mudo pregón de triunfo de que, sobre las miserias de este bajo mundo, se erguirán siempre ceñidos de laureles los benditos ideales de arte, de ciencia, de virtud, de trabajo, de sacrificio, para honrar y glorificar la más santa de las causas, después de la religiosa: la causa de la Patria.

Y añádase, para acabar el esbozo de su personalidad gigante, las glorias que gravitan hacia la eternidad: los sentimientos religiosos. Cierto que se entibieron en ocasiones en su pecho; pero no menos cierto que su fe de niño, ni sufrió las sombras transitorias del eclipse, jamás conoció las negruras definitivas del ocaso. Ni fue librepensador, ni fue deísta; de gobernante católico le tacharán sus enemigos al empuñar las riendas del Poder, por sus relaciones con Roma (1), por sus proclamas defendiendo la Iglesia y la Concepción Inmaculada de María (2) y por su protección a las Ordenes Religiosas (3); de reaccionario le tildarán más tarde por sus decretos proscribiendo las logias, reorganizando en sentido católico la enseñanza, y elevando a los obispos a sus Consejos (4).

(1) Véase la obra interesantísima del P. Pedro Leturia, *La acción diplomática de Bolívar ante Pío VII*, cap. III y siguientes.

(2) P. Pedro Leturia, pág. 74.

(3) Idem, ob. cit., pág. 128.

(4) Marius André: *Bolívar y la democracia*, págs. 261 y siguientes.

Escuchad sus palabras todas, desde que comienza su calvario, desde que sólo le rodean la ingratitud de los favorecidos y el olvido de las muchedumbres, cortejo siempre de los hombres que por los pueblos se sacrifican, y esas palabras destilarán hondísima amargura, pero rezumarán también vivísima, esplendorosa fe. ¿Será que la debilidad senil ensombrece su entendimiento y acobarda y hiela ya su corazón, como alguien ha dicho? No, Señor, no. Es que despiertan sus recuerdos infantiles; es que se reavivan las maternas enseñanzas, dormidas, pero jamás muertas en el corazón humano. Porque las madres saben grabarlas tan hondas en el alma de los niños en la aurora de la existencia, que, para arrancarlas después de los pechos de los hombres, sería preciso antes arrancarles del pecho el corazón,

Y como la muerte es rúbrica de la vida, no pudo la muerte del Libertador ser más ejemplar. Profesión de ardorosa fe figuró á la cabeza de su testamento; y exhaló el último suspiro como él deseara: confortado con la Eucaristía; rodeado el lecho por sus compañeros de victorias y reveses; al lado un sacerdote, y en la mano una cruz, única tabla salvadora que encuentra el alma, para surcar el Océano de la muerte en busca de las playas de la Eternidad.

¿Cómo extrañar el entusiasmo, rayano en idolatría, que despertara en sus contemporáneos, en América entera, después de su muerte?

.....

Oíd. Tiene la Patria como expresión tres símbolos augustos: el Himno, el Escudo, la Bandera. Pues bien; en las seis repúblicas que Bolívar libertara: Venezuela, Ecuador, Bolivia, Perú, Panamá, Colombia, Bolívar es separadamente más que el Himno, más que el Escudo, más que la Bandera, Y es que en esas repúblicas, que le llaman padre de su independencia, forjador de su li-

bertad, en Bolívar se resumen el Himno, el Escudo, la Bandera; para esas seis repúblicas, Bolívar es la Patria.

Tal fue, borrosamente esbozada, la figura del Libertador; tal su fecunda y prodigiosa vida. ¿Qué lecciones, además de la trascendentalísima de su piadosa muerte, nos da desde su tumba a americanos y a españoles, testamentarios de su gloria?

Su variadísima cultura y la reciedumbre de su carácter destruyen de raíz la calumnia de que España tuviera sumidas en la ignorancia, la servidumbre y la abyección a sus colonias de América; y atestiguan con meridiana claridad, que las carabelas de Colón no llevaron a las ignotas playas del Nuevo Mundo mercaderes y explotadores, sino colonos, artistas, sabios, obispos, misioneros, que transfundieron su fe, su sangre y su cultura en los pueblos indígenas y troquelaron los territorios conquistados en el mismo espíritu de los conquistadores. Veinte Repúblicas—cuyos ilustres diplomáticos eatán aquí brillantando esta deslumbradora solemnidad—con el sello indeleble de nuestro carácter español, con nuestros mismos sentimientos en el pecho, con idénticos ideales como sangre del alma, de rodillas en presencia del mismo altar ante el que España reza y con la lengua de Cervantes en los labios, pregonan ante el mundo que no fue España madrastra opresora, sino madre amantísima que ofreció sus pechos ubérrimos hasta mirarlos agotados, y sus entrañas fecundas hasta verlas deshechas, para dar su sangre, su alma y su vida al Continente americano (1).

Engrandecer la Patria, por la unión de sus ciudadanos todos, fue la última voluntad de Bolívar; engrandecer la raza por la fraternidad de todos los pueblos que la integran debe constituir nuestro más hondo anhelo.

(1) Véase Alejandro Humboldt, en su obra *Voyages aux régions équinoxiales du nouveau Continent*, p. I, págs. 390-391.